

que a su hija, realizara la idea de fundar en su casa el Convento de Concepcionistas que existe en la actualidad en la calle del Verbo.

El almacén y la fábrica de chocolate, pasaron a la calle de San Juan número 3. La Candelas se encerró en su casa tan abatida, que hasta puso cortinas negras en las ventanas.

Impresionada por tan alarmante encierro, una parienta que tenía en Manzanares, de monja Concepcionista, la persuadió para fundar otro igual en Alcázar y en su propia casa, como así lo hizo, aunque no consiguió verlo terminado, pues falleció el 26 de Marzo de 1882, a los 65 años de edad, cuando estaban colocando la barandilla del coro. El resto del capital lo dejó a su hermana Gabriela, madre de todos los «Meienas», en cuyo tronco se injertó también su sobrina Gregoria, pues tía y sobrina, se casaron con dos hermanos.

Cuentas Claras

ERA en el Agosto. Estaban en la era y echaban de comer en el cuartillo. «Cadenas» amigo de saber por donde iba, por cada pienso hacía una raya en la pared con un clavo viejo.

Llegó Bernardo Campo y sorprendido de la contabilidad, le dió la vuelta al cuartillo haciendo rayas.

Cuando volvió «Cadenas», preguntó: — ¿Quién me ha borrado la cuenta?

A pesar de la broma de Bernardo, el sistema de las señales era respetado por todos y estaba tan generalizado, que hasta el pan se señalaba a diario en un listón rectangular llamado **tarja**, que guardaba el parroquiano y en el cual iba haciendo piquetes el panadero con su navaja cuando hacía el reparto, a razón de uno por pan.

El consumo que se hacía de **tarjas** se reflejó en el hecho de ser una de las cosas insignificantes pero frecuentes que se encargaba en los talleres de carpintería, aunque los había tan desamparados que no les encargaban ni tarjas, ni palos de silla, tablas de lavar o cogedores, que eran los cuatro pies firmes de la artesanía durante meses enteros, salvo la interposición de otro trabajo que se encargaba con frecuencia a los carpinteros: el hacer cajas para los muertos. Las de niños y solteros, *ferradas de percalina blanca* y vivos amarillos con estrellas de cartón pintadas de purpurina, claveteadas por la tapa. Las de los mayores ferradas en negro, con cintas moradas o amarillas.

Los carpinteros trataban a los muertos con la misma familiaridad que a los tarugos y los que aprendían el oficio contaban ya con ese detalle como cosa ineludible para la que habían de valer; necesitaban tener estómago, como todo el que maneja los «detritus vitales».

Provisión y previsión

EN las épocas de escasez, solían encargarse trabajos, aunque no hicieran falta de momento, para remediar la necesidad de los artesanos. Era frecuente el caso de que ciertas personas se hicieran unas botas o unos pantalones o una tabla de lavar, por ayudar al artista allegado.

D. Julián Pantoja, cuenta que D. Joaquín llevó su liberalidad hasta el punto de encargarle a Alfonso Cenjor que le hiciera su ataúd y lo guardara hasta que se muriera, para entregarlo a su familia y que lo tuviera en cuenta.